



# EL GUIRIGAY,

PERIODICO SEMANAL.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

AÑO I.

En Madrid, 4 rs. al mes.—En provincias, 16 reales trimestre, remitiendo el importe adelantado, en sellos de franqueo ó por libranza de fácil cobro.

Madrid 14 de Octubre de 1865.

## ADMINISTRACION.

Calle del Barco, 20, principal.

NÚM. 12.

## ADVERTENCIA.

La redaccion de EL GUIRIGAY, abre desde hoy una suscripcion para socorrer á las viudas y huérfanos pobres de la parroquia de San José de esta Corte, cuyos padres ó maridos hayan muerto por efecto de la enfermedad reinante.

Las limosnas se admiten en la calle de Piamonte 2, triplicado, bajo.

Las cantidades que se recauden hasta el dia último del presente mes serán entregadas al señor cura de la indicada parroquia de San José.

Rogamos á nuestros colegas de la prensa, que dando tregua por un momento á toda cuestion politica, coadyuven de la manera eficaz que les sugieran sus sentimientos humanitarios, al laudable y benéfico fin que nos proponemos, y que todos indudablemente imitarán.

Señores suscritores.  
(12 de octubre.)

CANTIDADES  
Rs. cénts.

D. D. F. P.	40
A. de A.	20
Cárlas Moreno.	10
Anselmo Simon.	10
Félix Leonard.	10
Andrés M. Quintano.	4
F. R. C.	4
Francisco Alonso.	10
Manuel P. y Calvo.	20
Enrique Puy Samper.	20
Ricardo Fraura.	20
A. R. A.	4
A. de H.	4

Suma y sigue. . . . 176

Suma anterior. . . . 176

D. R. G. de V.	4
J. B. M.	20
M. P. G. N.	20
R. G. Tamayo.	8
F. Esperanza.	100
G. Cebrian.	20
Rafael Prieto.	20
R. de Torres.	20
N. Vallejo.	10
M. B. H.	10
Guillermo Nagel.	10
Federico Vargas.	20
Manuel Tamayo y Baus.	20
Agustin Gomez de la Mata.	20
Leopoldo Gacin.	20
E. P. B.	4
Eduardo Pardo Montenegro.	20
J. M.	20
B. R. R.	10
J. G. S.	10
N. Gomez Fragenas.	20
Francisco Nicolau.	10
C. B.	10
A. C.	10
X. Y. Z.	10
A. Izquierdo.	10
R. Entrala.	10
Luis Blanc.	10
Luis Fernandez Guerra.	20
Manuel Halliday.	10
A. R. S.	4

Total. . . . 690

(Se continuará.)

## AQUELLO.

Aquello, es una cosa insufrible. Es lo que motiva todas las preguntas; lo que ocasiona toda clase de sustos; lo que da origen á todas las conversaciones.

Salgo a la calle con el canto fin de respirar un poco de oxígeno y dar tregua á mis no interrumpidas tareas?—Pues de seguro, lo primero que se me viene á la mano, es un amigo; uno de aquellos amigos dulces, preguntones, carinosos, pesados y sobones, que principian-do por oler y acabando por tocar, me endilga una coleccion de preguntas, capaces cualquiera de ellas de dar al traste con el mas pintado. —¿Cómo está usted amigo mio?—Muy bien. —¿Qué hay de aquello?—Hombre, yo no sé nada; salgo ahora de micasa, y voy...—No siga usted; no debe usted pasear; la atmósfera está cargada, y...—No tenga usted cuidado; antes de oscurecer, estaré de vuelta. —Pues nada; yo le digo á usted que es una atrocidad; un redactor de *La Regeneracion* acaba de asegurarme, que es un horror, un furor, un pavor, lo que en Madrid está pasando. Mire usted; desde la esquina de... hasta la plaza de... 5.000 y 1.—Señor don Fulano, ese es un disparate mayúsculo. —Pues mire usted; por sí ó por no, me voy á casa, á tomar tres gotas de *espíritu de alcanfor*, una buena taza de manzanilla, seis gotas de *aceite de anís*, una *ayuda de almidon*, dos copas de *ron*, una *mistura de goma arábiga y thé*, y una pequeña dosis de *láudano*.—Bien hecho.—¿Qué le parece á usted?—Me parece perfectamente. —Despues de todo esto, mi hombre se despidió de prisa y corriendo, mientras que yo rezo por su alma, en la íntima convicción de que con la mitad de lo que él intenta, reventaría un guarda-canton. En estas y otras reflexiones sigo mi camino, cuando cate usted que doña Rufina, una hermana de la tía de la sobrina del cuñado de un vecino mio, sale de su casa, estrechamente abrazada á un saco de noche, á un perrito americano, á la jaula de su canario y á otros cuantos embelecos.—¿Dónde va usted señora? Le



pregunto con cierto interés, si bien conteniendo la risa que en el cuerpo me retoza.—¿Qué donde voy?—me contesta lanzándome una mirada indefinible;—voy al último rincón del mundo. Aquello está haciendo estragos. Dicen que en Madrid no quedará títore con cabeza y que los que se queden... pif!—espichan.—¿Usted no sale?—No, no señora.—Pues entonces, amigo mio, lo dicho dicho; abur, y acompaña á usted en el sentimiento.—Y aquella mujer endemoniada, que sin andarse en rodeos me aseguraba que quedándome en Madrid me esperaba el triste fin del triquitraque, se dió á correr con la velocidad del rayo, sin reparar ¡infeliz! en que se dirigía á la estación del ferro-carril del Norte. Intenciones me dieron de seguir tras ella, con el único objeto de preguntarle si habia hecho testamento, pero antes de que esto pudiera suceder, sentí que me daban una palmada en la espalda, y oí una voz muy conocida, aunque en aquel momento hacia un *trémol* que me alarmó.—¿Usted por aquí, Sr. D. Fulano!—exclamé.—Si señor; yo por aquí, pero comprenderá usted la razón.—Confieso que nó.—¿Que nó? De manera que usted no sabe...—Ni una palabra; ni media; ni tanto así. Lo único que distingo, es su semblante descolorido y alterado...—Aquello, querido mio, está haciendo estragos.—No sea usted preocupado.—Tengo síntomas.—Lo que usted tiene, es una *mieditis aguda* suficiente á quebrantar una muralla.—Se equivoca usted muy mucho. La verdad es, que no se puede andar por esas calles; uno va; otro viene; en fin, con decirle á usted que los carros de la carne, y los de la limpieza se han habilitado para...—Jesus María y José! Y dígame usted Sr. D. Fulano; ¿no se han habilitado algunas habitaciones en Leganés?—Sí, sí, tómelo usted á broma. La verdad es, que de esta... el Diluvio.—Y también se alejó más que á paso, dejándome entre mohino y receloso, pero de todas maneras un poco *escamado*, toda vez que la broma, como él decía, se iba haciendo pesada.

—¿Podrá ser, me dije á mi mismo, que todos nos estemos muriendo, y yo no lo conozca? Vamos, pecho al agua, y sepamos la verdad de lo que está pasando.

Y dicho y hecho, lanceme en busca de noticias, á los sitios donde mejor y más fidedignas me las pudieran dar.

Después de correr la *Zeca* y la *Meca*, inquirendo y preguntando cuanto me hacia falta, pude deducir tres cosas:

Primera, que la gran frase de *aquello*, significaba la fatídica de *cólera morbo asiático*.

Segunda, que los *casos* eran en número insignificante, para una población de 400.000 almas próximamente.

Y tercera, que aquella atmósfera fatal, aquel miedo irresistible, aquel pánico atroz que á la generalidad atacaba, era producto de otra enfermedad, llamada por los inteligentes, *cólera canino-político*.

Ta, ta, ta!...—Dije para mi capote.—Ya pareció *aquello*. De manera que también nuestros hombres sacan partido de la salud pública! También procuran hacer un arma ofensiva de lo que puede, solo por efecto del terror, ocasionar millares de víctimas. ¡Estamos como queremos! En fin, del mal el menos, si después de algun susto y no poco trabajo, he logrado averiguar, que lo de menos aquí, es el *cólera*; que lo real, lo positivo, lo indudable, es el empeño decidido de algunas gentes, que se

empeñan en alcanzar la felicidad del pueblo, haciendo que el comercio se paralice, que los comestibles suban, que los bien acomodados emigren, y que el pobre, truene.

Contra esta epidemia política, causa real de nuestro estado, hay un específico muy recomendado por la experiencia.—Mézclese una gran dosis de sentido comun con otra mayor de desconfianza. Póngase á cocer en el hornillo del *neo-catolicismo*. Muévase bien con la inmensa cuchara del moderantismo, y acuéstese el enfermo cantando... «Eres turco.»—Apostamos á que duerme perfectamente.

### ¡CRISIS, CRISIS, CRISIS!

A nuestros amigos los moderados de chapa, les sucede lo mismo que á los malos médicos; que cuando afirman que el enfermo se muere, es cuando verdaderamente empieza á sentir mejoría.

¡¡Crisis, crisis, crisis!!! repiten desde el día en que juró el general O'Donnell, pero el Gabinete sigue su marcha, deshaciendo de paso los *densos* nubarrones que en la atmósfera política habian ido amontonando los héroes de la noche de San Daniel.

Y sin embargo, lo más extraño es, que los moderados, dicen la verdad; *hay crisis*.

Pero esta *crisis* no afecta en lo más mínimo al país; esta *crisis* afecta sólo á los redactores de *El Español*, cosa que en nuestro concepto, no hará que nadie se aflija.

—«Y aquí de los ministros que nos limpian el comedero.»

—¡Pero hombre! ustedes lo hicieron mal.

—¡Ca! no señor!

—¿Y aquellos silbidos que tan espontáneamente les dedicaban á ustedes?

—Eran obra de la envidia y nada más.

—Pero un *pueblo no se compra*; decía usted antes, y así lo creo también.

—Sí, pero ahora he mudado de pensar.

—Usted, *tan consecuente!*

—Ahí verá usted.

—De sabios es mudar de opinion...

—Y de pobres.

—Que me cuenta usted?

—La verdad.

—Con que usted es *pobre*?

—Mucho.

—Y necesita?

—*Rehabilitacion*.

—Pero hay *rehabilitaciones* imposibles, y ser ministro un mes más ó menos, poco importa.

—Eso segun y como; un mes basta á veces, para adquirir una brillante *rehabilitacion*.

—¿De veras?

—De veras.

—Pero cuando el pueblo, la clase media y todos, en fin, silban, lo más prudente me parece no pensar en...

—Eso es una cobardía, indigna de un moro de mi raza.

—¿Pues que haria usted?

—Acuchillarlos.

—Es una crueldad sólo el pensarlo.

—¿Y qué me importan esos canallas?

—Pero antes los consideraba usted, los defendía en sus escritos, era usted en fin, el apolo-gista de esos que hoy llama *canallas*.

—Sí, pero entonces no era ministro.

—Es que usted dijo que el *bello ideal de la justicia humana era ver un ministro ahorcado*.

—No sabia lo que escribia.

—¿Y si se lo recordasen á usted?

—Me reiria.

—¿Y si pusiesen en práctica?...

—Imposible; á un ministro no le falta nunca camino por donde huir.

—¿Quién se lo abre?

—El oro.

—Pero usted es pobre...

—¡Va! ya hablaremos mas tarde.

—Pero los *silbidos* aumentan...

—Al freir será el reir.

—Se acercan tropas... ¿qué intenta usted?

—Dar á los *silbantes* la razon suprema del orden.

—¿No tiembla usted por las consecuencias?

—No.

—¿Ni por usted mismo?

—Ni por mí mismo.

—Adios, amigo mio.

—¿Teme usted?

—Lo confieso.

—Pues hace usted mal, porque en último resultado no faltará un rincón de un coche donde burlar á mis perseguidores.

—¿Y burlará usted también á la conciencia?

—¡La conciencia! La conciencia del ministro que escapa, es un *mito*.

### AIRES DIVERSOS.

La redaccion del periódico titulado *Doña Manuela*, ha publicado lo que sigue:

«Vista por los redactores de este periódico la torcida interpretacion dada á una publicacion cuyo exclusivo objeto era condenar los errores del actual gobierno, y de ningun modo atacar personalidades, mucho menos cuando estas pertenecen á un sexo que por sí solo merece tantos respetos, se ha decidido la suspension de este Semanario al cual se han aplicado tantas y tan erróneas calificaciones.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan pasar á recoger las cantidades que hayan consignado en los diversos puntos de suscripcion.»

Más vale así.

Pues señor, ahora salimos con que al padre Sanchez, le gustaba *Doña Manuela*, y que se *desternillaba* de risa cuando la veia.

¡Lástima que no la tuviera siempre delante de los ojos!

Por lo demas, ya sabemos que este ilustre caballero, sacerdote cristiano, modelo de virtudes, es aficionadillo á la fruta vedada.

*La Salud Pública*, periódico progresista, recomienda un específico para precaverse del cólera.

El autor de este específico, es el director de *La Salud Pública*.

Creemos que la recomendacion no puede ser más sincera y desinteresada y que de todo esto ha de resultar la más perfecta armonía entre el específico, el cólera, el autor del específico, *La Salud Pública* y su director político y facultativo.

Será como si dijéramos, la ancha base de *La Epoca* y la organizacion de los históricos.



# LOS ESTUDIANTES.

CURSO DE 1865 A 1866.



—El alma tengo en un tris!  
—Cierra el pico, y franco el paso.  
—¿Pitarán?  
—Hoy, no; si acaso.....  
Cuando vuelva de París.

## EL BURRO DIPUTADO.

La carga de los otros, que le importa  
Que sea muy larga, y la razón muy corta.  
Al escuchar el año estas razones,  
Olvídate su fatal filantropía.  
Y cediendo a las necesidades,  
Que de comer, y de dormir,  
Con la cual á sus hijos mantenía,  
El partido todo el año en los caminos.  
Queriendo el infeliz, pues ya era viejo,  
Conservar algún tanto su pellejo.  
A un criado entregó su arriería,  
Dándole un buen salario cada día;  
Y él se quedó en su casa disfrutando  
Sin causar el más mínimo trabajo.  
De un caudal que juntó, no muy pequeño,  
Del descanso privándose y del sueño.  
Salió por fin el mozo á su jornada,  
Y llegando á la noche á la posada,  
Pasó á cada jumento  
La mitad nada más de su alimento;  
Y echó la otra mitad en su bolsillo.  
Para hacer lo que llaman el trapillo.  
La jornada siguiente  
A sus burros cargó muy diligente;  
Y á pesar de lo escaso del sustento,  
En cargarlos, tal vez con demasia,  
No se anduvo con tiento;  
Y al observar que alguno se rendía,  
Su vara levantaba,  
Y con golpes terribles le ayudaba.  
Siguen los pobres asnos su camino,  
De su fiero destino  
Quejándose en silencio.

Y á paso apresurado,  
A cual más de la carga fatigado,  
Y entre si el sol se ausenta, ó no se ausenta,  
Llegaron á una venta,  
Donde, habiendo soltado el peso enorme,  
Que sobre el débil lomo condujeron,  
Y libres ya también de su uniforme,  
Al pesebre sus pasos dirigieron.  
Con horribil anhelo allí esperaron  
El pienso, en que pensaban pensarian.  
La venta con rebuznos atronaron,  
Mas la paja y cebada no traían.  
El mozo á media noche condolido,  
(Que á tanto rebuznar nadie resiste),  
A la cuadra llegó medio dormido,  
Y á la recua encontró penosa y triste.  
Dicen que á alguno halló casi difunto  
Por el hambre y los palos que sufiera,  
Y su corta ración le llevó al punto,  
Por temor de que al cabo se muriera.  
Cuando los pobres burros se encontraron  
Con solo medio pienso,  
A los injustos cielos se quejaron:  
¡Su dolor era inmenso!  
—¿Cómo hemos de llevar, todos decían,  
La carga tan atroz, que tanto pesa,  
Si la corta ración que nos envían,  
Es mala, y el trabajo nunca cesa?  
Entonces los murmullos horribles,  
De la cuadra los ámbitos llenando,  
Se fueron escuchando  
Cada vez con más fuerza y mayor brio;

Porque los animales  
El rumor aumentaban  
Luchando fieros con el hado impio;  
Y de hambre ya frenéticos mascaban  
El pesebre fatal que, en tiempo bueno,  
De paja y de cebada hallaron lleno.  
Viéndose en este trance tan terrible,  
El burro más sensible,  
Que entre la recua había,  
Dijo con una voz entrecortada,  
Y pegando en el suelo una patada:  
—Compañeros, oid por vida mia;  
Que, mientras no he pensado,  
Quizás he discurrido bravamente  
El modo de evitar que ese malvado  
Entre sus tristes víctimas nos cuente.  
Los burros empinaron las orejas  
En señal de que estaban atendiendo,  
Y el borrico orador siguió diciendo:  
—Elevemos al amo nuestras quejas,  
Nombrándose al efecto un diputado,  
Que corra apresurado  
A referirle el hecho.  
Y á demandar allí nuestro derecho.  
Y juro por la cincha de mi albarda,  
Que si el mozo se guarda  
La mitad del sustento que nos toca,  
Dándonos la ración mala y tan poca,  
No nos robará más con su malicia,  
Que, en sabiéndolo el amo, hará justicia.  
Unánimes los burros aplaudieron  
Las fundadas razones que le oyeron;



La enfermedad reinante, ha hecho estragos segun dice un colega, en las oficinas de *La Regeneracion*.

Está visto que no se puede vivir cerca del padre Sanchez.

*Los Tiempos*, ha muerto de sobre-parto. Su hijo, *El Español*, anda por ahí de picos pardos.

El niño, es segun dice su tio (un primo de su madre), el vivo retrato de su papá.  
Tapa; tapa.

Decía *Los Tiempos* (q. e. p. d.) que los unionistas habian hecho en poco tiempo, la friolera de 35.000 destituciones.

Otros cuentan, que aún no estan repuestos la mitad de los empleados á quienes dejaron cesantes los amigos de D. Luis.  
¡No trae malicia la cosa!...

Hemos recibido un ejemplar del agradable *Almanaque de la risa*, debido al apreciable escritor D. Ventura Ruiz Aguilera.  
Recomendamos su lectura.

Dicen que lo de Madrid y Zaragoza, es lo mismo.  
Es decir, que son sinónimo *asesinato y castigo*.

Sanchez, que te mira Dios;  
Sanchez, que te está mirando;  
Sanchez, que te has de morir;  
Sanchez, que no sabes cuando.

Por indisposicion del Sr. Landa, se han suspendido en el teatro de Jovellanos, las representaciones de la zarzuela *El dominó azul*. El Sr. Salas, resistiendo de una manera decidida las contrariedades propias de las circunstancias poco agradables que atravesamos, persiste en no cerrar las puertas de su teatro, no obstante

Y hubo quien le supuso tanta ciencia,  
Que doctor lo creyó en *Jurisprudencia*.  
Por lo cual, sin que un voto le faltara,  
Que eso es cosa bien rara,  
Elegido quedó por diputado,  
Y en aquel mismo instante fué aprobado.

Dispuesta así la cosa con acierto,  
A un sueño borrical todos se entregan;  
Pero el mozo, que estaba bien despierto,  
Y que no habia perdido  
Una sola palabra del discurso,  
Viéndose á su pesar comprometido,  
No encontró otro recurso,  
Para salir airoso en tal estado,  
Que poner de su parte al diputado.

Para lograr su intento,  
Sacó al punto el jumento  
De enmedio de la recua dilatada,  
Y en una cuadra aparte lo coloca,  
Echándole á la vez paja y cebada  
En cantidad no poca.

Dado ya el primer paso,  
El mozo se le puso allí delante,  
Y así le dijo.—Acaso  
Me juzgas muy distante  
De saber vuestras locas pretensiones.  
Pues sabe, que escuché vuestras razones.  
Sé tambien que tú fuiste el elegido.  
Para hablar con el amo,  
Y por eso te llamo,  
Y solamente á tí me he dirigido.

el presupuesto enorme que sobre él pesa, y los pequeños ingresos que en estos dias obtiene.

Digna es de elogio la conducta del Sr. Salas, que prefiere el sacrificio de sus intereses, á privar de la distraccion que su teatro ofrece, á la parte del público que la desea.

La corte, dispone definitivamente su regreso á Madrid.

Parece que el marques de San Gregorio, cumpliendo con su deber de médico de las angustias personas, aconsejaba la permanencia de SS. MM. en el real sitio. Nuestros reyes sin embargo, quieren compartir á toda costa con sus súbditos las vicisitudes y peligros por que estos atraviesan.

El jurado que ha de entender en lo relativo á la prohibicion del drama titulado *Bernardo el Calesero*, original del conocido escritor señor Blanc, le componen los señores:

Ferrer del Rio.  
Rosa Gonzalez.  
Sanz.  
Fernandez y Gonzalez.  
Larra.

Se ha aplazado la apertura del Teatro Real.  
Es un acuerdo muy prudente.

Rogamos á nuestros abonados, que contribuyan en algo á los socorros con que hemos de atender á aliviar la suerte de los huérfanos y viudas pobres de la parroquia de San José de esta corte.—Desde hoy, como verán en otro lugar de nuestro periódico, queda abierta una suscripcion para el objeto.

El estreno de la zarzuela en un acto titulada *Las cartas de Rosalia*, ha tenido un éxito desgraciado.

Este autor, debe escribir cartas; pero lo que es zarzuelas... apaga y vámonos.

Escúchame, y si sigues mi consejo,  
Pronto no has de caer en el pellejo.

Si al amo vas contando

Lo que os está pasando,

No lo dudas, tal vez pondrá remedio,

Buscando otro sirviente;

Pero no es ese el medio

De encontrar que comer sobradamente;

Que el que en este lugar me sustituya,

Quizás con todos de una vez concluya.

Y tú, pues que la suerte te es propicia,

No quieras despreciarla en este instante;

Que vale mas vivir con la injusticia

A costa del sufrido é ignorante,

Que presumir de honrado en esta era,

Y llevar la barriga muy ligera.

Tú irás á ver al amo sin tardanza,

Y así conservarán la confianza

Que en tí han depositado,

Esos que te eligieron diputado.

Entrarás en la casa muy contento.

¿Cuál la causa, dirán, de esta venida?

Y tú en aquel momento

Le dirás, que la recua agradecida

Al solícito trato que me debe,

Por tí á mostrar su gratitud se atreve.

Si esto hicieres, así cual te lo encargo,

La comida tendrás siempre que quieras

Abundante y sobrada; y sin embargo

De que tan regalado has de encontrarte,

Tus cargas serán cortas y ligeras,

Y yo trataré bien de engalanarte.

El cólera disminuye notablemente. En los dos últimos dias, las invasiones han quedado reducidas á una mitad que en los anteriores. Los ataques son más benignos.

*La Regeneracion*, con motivo de la situacion difícil por que el vecindario de Madrid está pasando dirige toda especie de cargos y acusaciones al Gobierno.

Y nosotros preguntamos.

¿Qué es más lógico, más eficaz, más humanitario? ¿El entretenerse con una oposicion y palabreria que sólo puede producir miedo y consternacion, ó el acudir con persona y recursos en auxilio de los necesitados?—¿Qué hacen *La Regeneracion* y sus cristianísimos comitentes?—Con el sermón no basta.

Los periódicos moderados, no comprenden, cómo los amotinados de Zaragoza pudieran tirar piedras á la fuerza del ejército.

¡Es claro! si en lugar de tirarlas se las hubieran guardado, los moderados lo comprenderian más facilmente.

*La Regeneracion*, con referencia á gente de palacio, dice que el padre Claret ha recibido tres cartas de la corte, á las cuales ha contestado con el silencio.

No es verdad.—Pero como para nosotros basta con la intencion, añadiremos que las palabras anteriores, pueden servir de enseñanza á los respetuosos y los humildes hermanos del cofrade, cuando de cortesía y buena educacion se trate.

*La Regeneracion*, cree que hay quien procura ocultar á ciertas altísimas personas, la verdadera situacion del país.—Se conoce que este cofrade, asiste á las representaciones de *Pan y toros*, soñando luego con *Pepeillo y Godoy*.

EDITOR RESPONSABLE, D. R. Perez.

Imprenta de J. Fernandez, Barco, 20.

La carga de los otros, ¿qué te importa  
Que sea muy larga, y la racion muy corta?—  
Al escuchar el asno estas razones,

Olvidó su fatal filantropía,

Y cediendo á las malas tentaciones,

Que de comer tenia,

El partido abrazó, que le brindaba

La vida regalona, á que aspiraba.

A las mil maravillas

Junto al amo evacuó su cometido;

Y ya de vuelta, en premio de su celo,

Fiel el mozo cumplió lo prometido,

Sin causar el más mínimo recelo.

A los pobres borricos, que le honraron,

Y á su lealtad mentida se entregaron.

Pero los infelices, advirtiéndose

Que su suerte fatal no mejoraba,

Y se iban consumiendo,

Hartos de leña, escasos de comida,

Y al ver cual engordaba

El diputado en su poltrona vida,

Acudieron al dueño, pero en vano;

Porque este preparado de antemano

Por la astucia del mozo fementido,

A sus continuas quejas no dió oído;

Y ellos al cabo de hambre sucumbieron

Por la traicion del burro que eligieron.

PUEBLO: si al avariento

Fias de tus derechos la defensa,

Tendrás por recompensa

La que á sus compañeros dió el jumento.

EL DUENDE DEL MANZANARES.